



Renée Ferrer

De la eternidad y otros delirios

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Renée Ferrer

De la eternidad y otros delirios

Fragua

Ignorante y sencillo despertó mi corazón
en la fragua donde se forjan los destinos
cuando el tiempo era noche.

Arriando la pregunta primigenia me soñó el
Hacedor, 5
y en innumerables estaciones
me desveló la añoranza de un lugar que
desconozco.

Augurada de soledad
y prendida a las hilachas de la esperanza, 10
me dilapidó la aurora
desde el instante que inicié la travesía
hacia la desmemoria.

En el vórtice del universo florece la sabiduría;
en su centro de incandescente bruma 15
se congregan las tangentes de mi alma.

Me empapé de un olvido capaz de descifrarme
y con la estrella fugaz que se obstinó en mis
manos
amojoné mi itinerario. 20

Hurgué en el alfabeto de los astros
y en las pestañas del conocimiento;
encendí fogatas con mis recuerdos;
una amnesia piadosa progresó en mi corazón;
la luz fue dejando en mi sangre sus huellas 25
dactilares,
y su filo aniquiló las cadenas del canto.

No me dejarán afuera de la celebración
ni en mi pecho anidará el estigma del exilio.

Reencuentro con mi padre

La música se abre como una flor sin orillas;
desde su cáliz extiende una túnica hacia planicies
insondables;
hacia el rostro sin nombre que acecha el desvelo de
las constelaciones. 5

La escucho y veo tu voz;
tu voz creciendo en la pupila aguagris de una
galaxia
se reinventa en la distancia ingrávida.

Palpo la conversación de los astros 10
y el viento que temple los abismos
y la vibración del verbo desde el bulbo inicial,
y tu voz
¿recuerdas?
pequeños trozos de tu voz acertando las mejillas de 15
la noche desde mi asombro.

Una ráfaga fría enmienda el territorio donde
acampa la tibieza de una carne que ya no
tiembla.

Estás y no estás. 20
(La fugacidad de la máscara atestigua la
permanencia).

No puedo verte,
sólo tocar la incertidumbre que a veces te hacía
declinar la cabeza bajo el círculo de la 25
lámpara.

Qué lejanísimas comarcas pastorean tus gestos,
tus palabras, qué lejanísimas.
Un murmullo sinfónico amamanta el espacio,
un murmullo que surge de las entrañas estelares. 30
Las virutas de tu banco carpintero ciñen el cosmos
con un perfume a madera de confesionario;
el viento las hace conversar con los ladrillos, con el
musgo que ha cubierto los mosaicos bajo la
parra donde madura el verano. 35

Los breves pasos de tu voz danzan, danzan;
en sus ecos el recuerdo borda el tallo de los días
compartidos,
con sus hojas afanosas temblando en la luz.
Soy pequeña otra vez 40
y me duermo en tus brazos.

Inclino mi urgencia hacia la marea donde
espuman las estrellas;
las almas espuman también en ríos que se
desbordan; 45
(nada es tan dudoso como la certeza de los puertos
adonde nunca se arriba).
Tu alma se une a una bandada de secretos,
comparte las vicisitudes de una travesía que ancla
en el principio. 50

Desheredada de tu aurora escucho el pulso del
universo,
deambulo por las calles con mi muñón de sueños
goteando intemperie;
hay un sabor a herrumbre entre los dientes. 55

Tu voz se ha puesto a caminar conmigo,
tus antiguos defectos;
la sospecha de tu corazón latiendo más allá del
país de la ternura me conforta.

Existes, 60
lumbre de un recinto donde se alambica la verdad
que desconozco.
Tu voz, con breves pasos, danza, danza;
un cerco me impide tocarla,
una guadaña que amputa el abrazo de mis brazos. 65

Te vas,
volviendo y yéndote,
hacia la comunión resplandeciente.
La tristeza se levanta entre nosotros;
la tristeza de verte con los ojos de la memoria 70
presagia un muro de lágrimas infranqueables,
pero tu voz se abre como una flor sin orillas
y su corola insinúa el almíbar del alba.

Aceptación

Un bostezo perfora la calma planetaria
pronunciando mi nombre;
cierta fuerza retinta succiona mi cuerpo,
se abanica con el negativo de mis gestos,
devorando la miga que se horneó en mis pupilas. 5
Me someto a sus giros
como un velamen tardío a la soberbia del viento

que baila en puntas de pie.

El orbe,
la vía láctea, 10
los inexistentes confines,
vertiginosamente me persiguen;
una explosión escarlata anonada mis tímpanos
y pierdo la encrucijada donde moro;
un ojo incandescente me golpea 15
como una hoja en blanco
donde se hubiera escrito el último adiós.

Todo es púrpura en mi entorno,
furiosamente sangre;
un cántico violeta se expande 20
atorándose de confituras perversas;
reincido,
y es la luz,
la roja luz que todo lo ensombrece.

Cierta jauría de girasoles apedrea 25
el caldero de mis órbitas.
Indago en las contradicciones,
en el anaquel de las argucias;
la lucidez me tiende una mano aterradora;
los sucesos, entre tanto, se sacan la ropa; 30
convengo en las respuestas incorrectas:
accedo a ser.

El velo
Tengo frente a los ojos un velo que me condena;
el velo que derroca mis ojos
me retiene al paio de una clave en desuso,
se transforma en la sentencia de mi carne,
en una red por donde fluye la llama. 5

Los atisbos de cierta luz enceguecen mi asombro,
estremecen el secreto que tañe mis nervios
reavivando en las yemas la caricia defraudada.

Este velo
me confina a una penumbra visionaria 10
por donde vaga la sombra de otra sombra;
conjura los demonios insepultos
que arrasan mis colinas;
los enigmas proliferan

como los manotazos de un náufrago 15
desheredado de su aliento.

Se me terminan los plazos
y en el perímetro del desánimo
se prolonga el destierro.

Bruma

Extravié el ojo del universo
y la respiración de las galaxias
y el mapa de los soles que guardan mis señas.
Las moradoras del zodíaco me hacen trampa,
cambian de sitio; 5
soy un parpadeo andando a tientas
más allá de la distancia de mis manos.

Un bastón golpetea junto a mis talones
su alerta de ciego;
algo que no alcanzo a deletrear me está vedado, 10
algo que existe fuera de mí,
y no me necesita;
no vislumbro la orilla de esta bruma
ni
¿Cómo vivir entonces mi verdadera biografía? 15

Burla

Las muecas
apenas perceptibles, casi sordas,
sobrepasan los labios,
son de piedra:
roca altiva que suda un sereno de injuria. 5

Los ojos del silencio lloran como reptiles inusuales;
duermevelan sobre el disco del sol
empollando el germen de la desesperanza.
En un estanque guardado
por fiera turba de espectros 10
la desesperanza devora los sueños;

Las aguas inmutables se visten de novia
para subir al patíbulo;
por el nudo de sombra que pendula en la tarde
el viento reitera su sentencia. 15

La misericordia se complace en la ausencia.

Piedra de luz

Una piedra de luz ha roto los cristales
que la confinan al puntilloso ceremonial del miedo
(pasos discretos para que no se raje el tajo de la
pollera angosta);
la risa sin ningún vuelo, 5
y en el escote
un marcapasos que soborna el latido de la aurora.

Escucho un aquelarre
donde arrojan mi boca expuesta al beso,
cierto alboroto de alas amarradas a una estaca de 10
sombra.
Entre tanto alborea una flor exigua;
un ojo se despiensa
aterido sobre un pedestal de humo.

Pero la flor enarbola su fragancia 15
y desborda a zancadas miedo y cerco.

Fiebre

Hay rostros desplomándose hacia hogueras
insondables,
sentimientos que duermen
a la orilla de viejas olvidanzas
suplicando a la luna algún consentimiento. 5

Un halcón se hace cómplice,
escarbando en un matorral de monosílabos:
de su depredación nace el rocío.

El fuego se libera
y avasalla 10
la atroz inmensidad del cosmos;
el fuego es un clavo que remacha el temblor
hasta encontrar el hueso;
se inserta en el origen con la fuerza del signo.

Semen, 15

fiebre,
raíz,
entretrejen un lienzo;
me acerco
al sitio donde arde la quietud primigenia, 20

y vuelvo a mí,
heroica y devastada,
retomando mi postura vertical,
el trajecito blanco,
la cordura que tan bien sienta 25
cuando el reloj da las cinco
y aroma el té.

La bata
Tengo puesta una bata de Victoria Secret,
no tenía cinturón
y por eso la compré,
era barata:
es tan fácil comprar una cinta de raso, 5
tan sencillo ajustarse la cintura con el mero deseo que
se adquiere por metros.

¿Pero,
qué existe dentro de ese continente suntuoso que
resbala sobre el insomnio? 10
Un cuerpo como todos,
dos piernas,
dos rodillas,
las manos que se salen de las mangas,
a una de las cuales le ha crecido una flor de tinta en 15
los dedos;
y después
las sandalias allá abajo,
porque la indiferencia secuestró las chinelas
-esas negras de tules que combinan- 20
y no se buscan por pura inercia,
y uno se pone cualquier cosa.

¿Qué más?
Los ojos pasando revista al tiempo,
el dorado que Río le ha dejado a la piel, 25
como miel que se queja de tanta sal, de tanta espuma.

Tras la bata desonrí una sonrisa fría,
desalentada acaso.
Afuera los cristales copulan con la lluvia
y la brisa trae jirones de borrasca desde el mar. 30
Entonces no sabía del alma seminal de los satenes,
y era adolescente.

Ah, la simple potencia de un acto imaginario,

sólo dulzor futuro,
posibilidad, 35
un viento secreteando en las cuchillas,
y el adiós buenas noches que duermas bien,
cabeza con cabeza,
en camas contrapuestas con los pies lejanísimos
sin mirarnos siquiera, 40
o tal vez a hurtadillas
cuando los focos cuelgan sus trajes luminosos
-dos niños que se duermen inventando el amor.

Entre los pliegues de mi bata escucho
el fluir de imágenes sin brida sobre un páramo fértil, 45
el candombe,
los plátanos derramando en la acera su llanto de
hojas castañas,
un tranvía con su talantalán olvidadizo,
y el canario insepulto en su jaula de alambre 50
con el trino hostigando los barrotes desde su garganta
de oro,
la conversación intrascendente,
la calva de María,
el mate de los abuelos apoyado en el canastito de 55
mimbre, apenas cuenco.

A la bata le quedan inmensos los recuerdos
y el cuerpo se complace entre sus brazos;
la seda cubre una mujer que sobrepasa el ruedo de
preguntas, 60
los bordes estampados de flores orientales
-mentiras apenas más brillantes que el champagne.

Miedo

Un denso sentimiento de no pertenencia
estalla sobre la lengua
-paladeo de antiguas cicatrices.
Los pinos con sus sobretodos de nieve
me asedian liberando ecos crepusculares, 5
las anclas de un navío
que parte hacia un malecón abandonado,
el hálito confesional de las cortezas.

En la recova de la memoria
una estatua guiña un ojo 10
y se sonríe.
No puedo entrar en mí.

Alguien arranca la cuarta hoja de un trébol inasible.
Veo un cerco de voces
a las cuales les conozco la espalda; 15
los gestos que perdieron
las credenciales de la confianza.

Me disuelvo en la tarde
con la mano aferrada
a los dedos del miedo. 20

Región ignorada

Alguien clava una espina sobre el iris del alba
salpicando de ponzoña las llanuras del sueño;
un marco en otro marco
y otro más
se prolongan 5
por un indescifrable pasadizo sin término;
sibila desplomada hacia un rueda de sombras
ascendiendo al infierno.

Alguien mira acercarse,
temblando ante el acoso, 10
un puño de serpientes;
una luna a los lados del túnel me provoca
el espanto de verme puñales en la boca.
Corro destituida.
Filoso el desenfreno 15
suelta un agua que acoge a Caronte en su seno.

¿Quién soy,
de quién me fugo,
que en mi anular ostento
un anillo que porta la cabeza de un muerto? 20
Dónde, desencontrada.
Quién, si nadie responde,
ni acude a rescatarme el perfil de su nombre.

Un hosco torbellino se refugia en la llama
perforándome el centro. 25
Tropiezo
y me levanto,
miro atrás y me pienso,
embisto el horizonte con una furia en celo.

Un círculo morado, 30
que al impacto se quiebra,

desalienta mi cárcel,
desparrama mis miembros;
mi garganta persiste como un dardo agorero,
a mi espalda claudican 35
espejismo y desierto.

Plazo

No es hastío,
es el desvelo que cubre con su musgo
el cuerpo y la penumbra,
un puñal que atraviesa el pulmón de la
desesperanza 5
hasta vaciar el grito;
es saciarse de hiel
en la copa plural del desconcierto,
encontrarse asediada por largas biografías;
aturdirse de imágenes, 10
errores,
folios sueltos,
nombres,
fechas,
teorías, 15
rascando con la uña un cristal ciego
y saber que la muerte se enardece
mientras se acucilla la vida.

Búsqueda

Hay una multitud de espejos
dentro de las guaridas de mi cuerpo,
intercambian imágenes,
secretean.
¿Será que han husmeado en un fichero antiguo 5
alguna mordedura,
algún indicio?

Centinelas de azogue en campos de vigilia
escupen las astillas del grito,
relamen el muñón, 10
secuestran los delirios;
sus reflejos oblicuos juegan a la pelota
con mis lágrimas nuevas.

Los ojos han partido como un casal de pájaros;
los cristales deambulan por mis venas 15
con el mismo mutismo de monjes compungidos.

Extraño del ayer la fiebre,
el celo,
el pico de un halcón que se desploma
sobre los monolitos de fuego congelado 20
-girasoles furiosos que embisten contra el viento.

Rebusco en las esquirlas con ciegos manotazos:
de mí no encuentro nada,
ninguna pista azul,
ningún troquel de beso, 25
salvo las menudencias de una extraña.

El retrato

Olvidado me acecha ese retrato
desde la indiscreción de una mirilla,
mientras un sueño,
insomnio en desacato,
enciende con su rastro mis mejillas. 5

Sobrellevan la lumbre unos velones.
Tu boca
con progresivo ardor cerca mis labios
reiterando suntuosas libaciones
en el muelle diván de una buhardilla. 10

Despierto en soledad acompañada
de un tumulto de sombras amarillas.
Me demoro un instante.
La alborada
enclava su aguijón en mis orillas. 15

Ceñida por el marco,
una sonrisa
se burla, se conduele, se eterniza.

Caleidoscopio

Busqué entre los fragmentos de un estanque
la unidad de mi rostro,
una piedra,
un estallido,
una plomada, 5
y mis ojos rodaron por el fango
emergiendo después orondamente
sobre tallos soberbios,

como flores que miran una tarde
fijamente y sin sueño. 10

La estructura mineral de mi esqueleto
dilapidó sus sales
en la baba de añejas marejadas;
la piedra
es ya silencio, 15
sorbo,
círculo.

Mis senos giran como victorias regias
esperando el roce de algún pájaro
con sed de amamantarlo; 20
una red se sorprende,
otra se asusta,
el viento da la espalda,
las nubes disimulan.

Una corriente arrastra mis rodillas 25
lujuriando con peces,
la boca se ha perdido,
mi frente no se encuentra;
del lunar-beso-sombra sólo queda
el dibujo asimétrico, 30
una requisitoria de omisiones funestas.
La piedra cala el fondo;
en un caleidoscopio que alguien tumba
se topan y pelean mis partes moribundas.

El cajón
Seguro que lo hiciste algunas veces,
a ti que estás leyendo, me refiero.
Entreabrir el cajón de la mesa de noche
y encontrar una carta,
amarillo el perfil, 5
la tinta opaca;
más abajo un cuaderno con cerrojo
celando un inventario,
el cadáver de una flor,
fósforos, llaves 10
un recorte de diario,
alguna foto,
la aspirina que suelta las amarras de la sangre.

Rebuscas en el polvo

y te complicas: 15
la culpa libera su estandarte.
El borrón de un papel sin remitente,
te hace muecas,
y ríe
frente al lápiz azul, 20
ante unas alas que asoman entre la pelusa.

Pavor

Hay un pavor de verse en el espejo
que la soledad bruñe,
entre cuatro paredes
darle audiencia al silencio
que fermenta en el ser, 5
del lecho vedado de los ríos
rescatar la apetencia;
mezclada con la gente,
sin que nadie lo advierta,
burlar las asechanzas del reloj. 10
Asusta el inventario de carencias:
ningún descubrimiento memorable,
ningún salto al abismo
arriesgando un solo de violín.
Un almíbar incierto 15
embadurna la música de mis cuerdas reclusas.

Extrañamiento

Veo un murmullo,
de gasas que se arrastran
para ascender después hacia las nubes
en una cacería iconoclasta.

¿No lo tocas? 5
El lebril de mis plantas ladra ajeno
a toda tentación;
furtivamente
se me van los ojos
aguarrodando hacia una alcantarilla. 10

Con sigilo abandono mis sentidos,
no más satén
ni vello claudicante bajo la mano tórrida,
ningún sabor,
tampoco acento, 15
ni siquiera una imagen perturbando
el aire.

Con mi temblor se solventó una hoguera;
mi cuerpo sobre el suelo
no es otra cosa que un zurrón vacío. 20

Limpieza

Hoy decidí hacer limpieza,
desamontonar cosas, gestos, pequeñeces:
los mangos con su gota de luz sobre las chapas,
la luna en el aljibe,
esa mancha de vida y la sorpresa, 5
el cuaderno de doscientas hojas.

Voy a baldear esta mañana
el sudor de aquellos ómnibus,
la complacencia de sentirse hermanos,
las palabras restallando en la mejilla, 10
y la sal,
aquel secreto de sal trampeando al cuerpo
bajo la intimidad del mosquitero
-carpa de niebla, isla de acertijos.

También el mar 15
con su lenguaje de siglos derrumbándose
sobre cartas de amor en la arena,
el sol desangrando el horizonte,
y el río
con un beso que boyaba hacia la espuma 20
-entrevero de peces y sonrojos.

Hoy he decidido hacer limpieza
sin pretextos,
no vaya atrancarse en algún clavo
un jirón de atardecer, 25
el humo de un café invitando al engaño,
una hebra de pasión
o desvarío.
Fustigaré sin dilación mis pertenencias
condenando las sobras 30

al pozo del olvido.

Almuerzo

Desmigajar tu palabra no me alcanza;
trinchar sílabas,
soliviantar aromas
en procesión de aliento cauteloso;
amasar lentamente entre los dedos 5
los diptongos de amor impronunciado.
Si los estoy viendo discurrir sobre el mantel
buscando enmascararse en deletreos.
Nada hay tan falto de sabor crocante
como una rodaja ambigua de deseo. 10
La hogaza de tu voz
es ya mendrugo
menguado por mi terco mordisqueo.
A los postres
un gesto bien distante: 15
consumación rotunda del despego.

Clausura

Sobre una planicie gris
se aburre un mueble antiguo;
en el cajón abierto,
una mujer
-imaginaria de su biografía- 5
tiritita dentro de la piel.

Hay signos lamiendo las pezuñas de un enigma:
¿Es una sombra abrazada
a las rodillas de otra sombra
o una imagen equívoca 10
transgrediendo el reflejo donde la inventan los demás?

Alguien cierra el cajón irrevocablemente
y en el vacío perdura un solo de silencio.

Hospedaje

Sentada en una mesa,
ingenua, grácil,
presagiaba el encuentro de las ávidas pieles;
el encuentro estallando
como olas que se quiebran contra un acantilado. 5

Lejos,
casi volviendo, se escurrían las nubes,
escortadas por pájaros en procesión alada,
y era un sorbo de cielo,
de volcán taciturno, 10
que se iba despertando bajo una red de sangre.

Quién sabe en qué momento se abolió la distancia,
las miradas ajenas,
de la estancia los ángulos,
para explorar tu orilla 15
como una flor desnuda que se abrasa en silencio
y se peina el perfume.

Después,
sucintamente,
por fin, 20
la despedida
postergó el hospedaje de la llama en los muslos.

Contacto

Estás sentado frente a mi corazón
contemplando la llama;
con la unción del peregrino
te arrimaste
para que se regocijen tus pupilas 5
en la hoguera donde se gesta la palabra;
la palabra que,
como ciscos de mi ánima,
colocaré entre tus labios.

Ingerirás los frutos de mi voz 10
y resplandecerá tu cuerpo;
recorrerás los ambages de mi corazón
y ningún reducto te será ajeno;
abandonando la tierra
ingresarás en la aurora. 15

Golpeas a mi puerta

Golpeas a mi puerta con trémula insistencia,
te contesta mi vientre en un dialecto antiguo,
se amotina la llama, la conciencia se duerme,
golpeas a mi puerta.

Dentro de mí se abre sin cerrojos ni aldabas, 5
ornada con el zumo candente de la vida,
una puerta secreta de alcayatas rendidas
y un aroma perverso.

Tentaciones en clave, inconfesados ritos
en una fuente oscura escriben vaticinios 10
e ingresan al recinto de mi crepusculario
embozados en manto de semen florecido.

Ariete de piel tersa, mástil de mi deseo,
me imantas y suplicas, me subyugas, claudicas.
Con roces musitantes, el cauce de la entrega 15
remontas y descifras.

Espejismo

Desde el balcón, falaz el firmamento
con sus esquivas costas me soborna:
me interno precedida por mi aliento
que ante el ocre jaspeado se trastorna.
¿Dónde voy que mi cuerpo se ha disuelto 5
y camino sin huellas en la bruma?
-como timón mi corazón absuelto
devela el derrotero de la espuma.
La brisa, transgresora del ensueño,
dejando mi recinto a la deriva 10
con su empujón lo transformó en un leño
que contagió al azul su llama altiva.

Cuantas veces ahondando en el abismo
nos lastima y se esfuma un espejismo.

Te hallé convertido en pájaro
En laberintos de sueño
te hallé convertido en pájaro,
Te desplomaste al espejo
que llevo
partiéndome la garganta. 5

Tu pico tornó en añicos
la farsa de mi palabra,
la añoranza del pecado
en rostros que me suplantan.

Halcón de tronantes alas, 10
blanco meteoro emplumado,
quebrantaste en el cristal
la imagen
que otros alaban
las respuestas inaudibles 15
que me abolieron los párpados.

Cuando fue noche en mi alcoba
y el vuelo perdió la saña
tembloroso te acercaste
a beber 20
mi última lágrima.

Las variaciones del como
Como un punteo de bordona
que sobrepasa la estridencia de las calles.

Como el espacio sellado de estrellas
dando portazos al desasosiego.

Como unos labios que se acercan 5
a circundar el aliento que anhela el beso.

Como una pradera tapizada de ramos
negando la certeza de la muerte.

Como una mujer en una cama ociosa
que espera ser conducida a las estribaciones de la 10
delicia
y separada de su cuerpo
resplandece ante la consumación del deseo.

Como el mar al borde de la espuma
inaugurando el inventario mutante de las olas. 15

Como el pensamiento que sonrío
frente a las variaciones del como.

Situación

No dejaremos huellas en la arena
de playas improbables
ni miedo aguardando
la guillotina de vocablos
arriba del collar. 5
Sobre el hilo de Ariadna
cierto espejo incita al desencuentro.
Una lengua desangra sobre el día
su filo de ignominia.

Carta para náufragos

Quiero enterrar imágenes
trizar espejos
leerte y refugiarme
en el fulgor cortante de tu voz
en tu verdad de semen 5
en la claudicación altiva de tu abrazo.

¿Cómo ir fugitiva
al numen terrenal que nos desmuere?
-no sé por qué mi cuerpo se me antoja al leerte
un jarrón con las flores del mal. 10

Tu aliento es filo
tu corazón almohada
para alguien que se atreva
a voltear el rostro hacia...
El tiempo es una hidra de ojos implacables. 15

Me incitas al delirio
no al hastío
a exploraciones turbias
a los descubrimientos.
Una incauta ignominia se larga 20
a tramontar el mundo
con chalina y sin rótulo
y vuelve de tus versos
mínima y gigantesca, ardiente y devastada.

Campo de batalla
Solamente élitros sobre los párpados,

tampoco antenas,
más bien ecos retumbando en la sordera
y una mano de espuma en mi mejilla;
el vino apaga la lámpara 5
extendiendo un edredón de luz sobre mis piernas,
una lagartija me reinventa la espalda
quedándose en un extremo,
sorprendida.

El sol se asoma a mis pestañas a comprobar si 10
duermo,
se me caen los ojos por el suelo
-balitas de vigilia ruedan, ruedan-
no quiero mar ni cielo,
ni qué decir contentamiento; 15
arrojé las bellas palabras al caldero
donde hierve mi cerebro.

-Gramilla y menta-
vocablos rescatados a la tarde,
santo y seña. 20

Mi corazón se puso una pañoleta encendida
para atravesar el invierno;
cierta multitud se agolpa en la repisa del baño
donde un ángel de yeso se persigna;
un vestido ha quedado con mi forma 25
vagando por los pasillos.

El viento en el cedazo de mis dedos,
el viento deja residuos de tiempo entre mis dedos;
el ayer es un confite espolvoreado de recuerdos.
Me voy quedando sin tiempo 30
-sombrialuz entre los dedos-;
un agua sube a estancarse entre mis costillas:

¿Es ésta la posada del corazón,
el campo donde perdí la batalla?

Demasiado tarde

Robert,

espérame en la orilla de ese tiempo donde estás,
quiero ingresar al sosiego compartido.
No llegaré con estridencia de bocinas
o la premura del asunto pendiente, 5
tampoco de vestido largo
y capelina,
no llevaré sombra en los ojos
ni la máscara para los ritos usuales
y mucho menos las uñas pintadas; 10
no temas verme con mi primer recuerdo
clavado a la espalda:
ninguna queja de pena o alegría.

Ingresaré a la esfera donde estás
como una nube 15
que habla sin romperse
y te daré la mano para que me ayudes a entrar;
-hogar es el lugar adonde vamos
sabiendo que nos esperan-
tú lo dijiste con otras palabras; 20
el ropaje no importa.

Aguárdame,
quiero contarte las cosas que no dije;
aquellas que se ahogaron
con el ancla de las circunstancias 25
ciñéndome el cuello.

El arcón
El tiempo
es un arcón con manijas de espera.

En un cuarto de pensión
o en un castillo de arena, tanto da,
una mujer, 5
un ser humano,
en todo caso, cualquiera,
entreabre la tapa
y se asoma a un estanque de sombra.

Más que verlos se palpan los retazos 10
de una tarde de abril o de diciembre
o del mes que no entró en el calendario.
Tantea, busca, aspira
la música de la gente conviviendo.
Un bar 15

y la incauta sangría de palabras hasta entonces
secretas.

Apilona y escucha
el inventario de gestos y desquicios,
el nido de un hornero en los cristales, 20
el Chesterfield saboreado a escondidas y tosiendo
en el patio de atrás;
el adiós,
hasta siempre,
-hasta siempre golpean los agravios. 25

En el ángulo que articula el domingo
las palomas se empujan bajo arcadas en calma,
y en la esquina más noche
el cabrilleo jadeando en las primeras playas,
el olor a silencio de los parques inmensos. 30

El tiempo es un arcón lleno de acciones tórridas,
de antiguos sentimientos.

Revolviendo se encuentra
el juego de caminar por el futuro,
las caricias que serán mañana; 35
ciertos cometas que vuelven cada trescientos años
con su coda de augurios y catástrofes.

Y el jazmín,
las caras del jazmín:
el de la muerte, 40
el de la vida,
y el huérfano
-ese que fue cortado para nadie.

Todo está dentro del tiempo.
Absurdas picardías, 45
menudencias perversas,
la trampa de pueriles actitudes mintiendo un
interés impúdico,
el desborde de un dique de silencio
confundido con un fondo de anís. 50

En el rincón más negro,
los disfraces:
las gasas del delirio vistiendo el talle erguido,
un pie descalzo
ensayando sus huellas en las dunas, 55

aquel cinturón de caracolas cimbreando un
murmullo violáceo,
la lista de obsesiones,
el tocado de sol y de algas marinas.

Los dados del vivir casi en el fondo 60
-las cosas que no son ya han sucedido,
las que fueron se evaden vergonzosas,
y la mujer se afana,
explora,
insiste, 65
como esas películas que se atascan,
se demoran,
y arrancan después acompasadamente.

El tiempo es un arcón lleno de muchas cosas.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)** , para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.

